
MIGRACIONES Y FRONTERAS EN LA LITERATURA: NUEVAS APROXIMACIONES

Carlos Gutiérrez Alfonso*

Siempre he tenido la tentación de empezar a escribir un texto en una mesa de una cantina de Mazatán, sobre todo uno en el que expusiera resultados del proyecto colectivo, financiado por PROMEP, en el que participo desde hace tres años. Ese proyecto, cuyo título inicial fue “Migraciones y fronteras en la literatura”, tiene ahora la siguiente denominación: “Fronteras poéticas. Poéticas de la frontera”. Pero nunca voy solo a ese lugar, en el que la mesera salvadoreña, originaria de La Libertad, un pueblo de la costa, al vernos entrar, sonrío y con la mano, desde lejos, nos indica que nos sentemos, e ilustra con los dedos cuántos somos para esperar la respuesta de alguno de nosotros y así saber el número de cervezas que traerá a la mesa que hemos elegido. Ella, quien se ausentó por espacio de un mes de ese sitio para ir a su casa a ver a su familia, a sus hijos y a sus padres, a colaborar un poco en las labores del campo, fue agente de seguridad de una empresa privada, en San Salvador, antes de decidirse a caminar hacia el norte. Se quedó en Mazatán, en donde ha vivido desde hace cuatro años más o menos. Alguien demasiado tomado vuelve a la cantina; trae un machete entre los pantalones. Y al verlo entrar, Nayeli lo encara y lo deja en la calle. Voltea a vernos y esboza una sonrisa.

Antes de entrar en la cantina, vimos en el parque a uno de los tíos, quien vestido para la ocasión, iba a Tapachula a formalizar el proyecto con cuyo financiamiento sembrará tabaco en una fracción de tierra que pertenece a su esposa. Con él llegarán a trabajar jóvenes, mujeres y hombres, guatemaltecos y salvadoreños. En la mañana, dos jóvenes hondureños, en la casa de mi suegra, pidieron que se les regalara algo de comer. El moreno dijo que eran hermanos, que habían salido hacía ocho días de

* Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas.

su país y que iban hacia el norte. Dijo que eran cuatro hermanos. Los otros dos se habían ido a otra casa en busca de comida. Se les dio tamales, que fueron hechos para repartirlos la noche anterior al finalizar el rezo familiar a San Judas Tadeo.

Nayeli ha traído otras cervezas. Una más. Dos por persona. No tomaremos otras porque hay que volver a casa a tiempo para no ser reprendidos por las mujeres. Mientras bebemos, alguien me dice que ella tiene en su cuarto, en el suelo, cerca de la cama que le ha sido asignada, una imagen de bulto de San Simón, conocido también como Maximón. Es un pequeño altar en el que ella ha colocado lo que le gusta al santo: trago y cigarros.

Volvemos a la casa. Y en la mesa está la olla de caldo de guachinango con yuca y plátano. He pasado frente al altar en el que, entre otros, está el Cristo de Esquipulas, una figura no mayor de veinte centímetros dentro de su nicho, traída del Santuario por los padres de mi suegra, hacia los años cuarenta del siglo pasado: visita obligada para agradecer los frutos de la tierra, para agradecer que tuvieron un lugar dónde asentarse, después de que sus padres habían partido de Guerrero hacia el Sur en busca de hacer la vida.

Entre la delicia que me llevo a la boca y la conversación sobre los asuntos del día, llega a mi memoria el principio de *Guatemala: las líneas de su mano*, de Luis Cardoza y Aragón: “Un avión nos dejó en Tapachula, México. El piloto quería prevenirnos y no inquietarnos a la vez. Se hallaba preocupado [...] Al despedirnos, la sencillez de su hombría encontró, mexicanamente, las palabras justas. Nos dijo con llaneza y con calor: ‘Procuren que no se los lleve la tiznada...’” (Cardoza y Aragón, 1986: 9).

En *Los falsos demonios*, de Carlos Solórzano, José Elías Canastuj, quien se define así: “Sufro la enfermedad de los solitarios, de los que queremos y no podemos respirar, porque la atmósfera que nos rodea no ha sido hecha para nosotros” (Solórzano, 1998: 22), cuenta cómo se dio la identificación con su vecino de cama de hospital: “Le expliqué que no recibía visitas porque no era originario de aquí. —El lugar en el que uno nace no importa. Lo importante es dónde se hace la vida. Aquella afirmación me dejó pasmado: ¿Cómo era eso? —No sé cómo explicar —continuó—, pero creo que lo malo es que, por haber nacido en un lugar, ése mismo se nos convierte en una cárcel” (Solórzano, 1998: 89).

La cita de *Guatemala: las líneas de su mano* y la de *Los falsos demonios* me conducen hacia lo expresado por Carlos Solórzano en el texto “¿La libertad y la justicia?”, incluido al principio de *Los falsos demonios*: “Hoy, sentado ante mi mesa, releo mi novela *Los falsos demonios* escrita hace treinta años y veo que su esencia, su tema, su protagonista mestizo, su acontecer sofocante, su ausencia de literatura sonora siguen coincidiendo con la atmósfera de esa tierra fértil que alberga centenares de cementerios colectivos

que nadie se atreve a descubrir por el temor a hallar en ellos miles de acusadores silenciosos víctimas de los mismos crímenes” (Solórzano, 1998: 17).

Los falsos demonios es una larga carta, a la cual se le incluyó una advertencia y, al final, un parte médico. La advertencia dice lo siguiente: “Este escrito fue encontrado entre los papeles que el coronel César Canastuj dejó al morir, encerrados en un armario. El texto fue enviado al Coronel por un desconocido, que acompañó a su autor durante el breve tiempo en que fue escrito”. Y el parte médico indica lo siguiente: “Hospital general. 29 de diciembre. Parte diario. El enfermo José Elías Canastuj, de nacionalidad guatemalteca, refugiado político, murió ayer. Como no tiene en esta ciudad familiares que reclamen su cuerpo, fue incinerado hoy con su ropa y algunas cartas manuscritas”.

Los fragmentos del texto de Carlos Solórzano y la cita de Luis Cardoza y Aragón me son útiles para ilustrar cómo la configuración dominante en la tematización literaria de las migraciones y las fronteras en la región de estudio ha sido la que privilegia la anunciación en primera persona, como pude constatar también al revisar algunos relatos incluidos en la antología del cuento hispanoamericano, realizada por Sergio Ramírez, titulada *Puertos abiertos* y publicada por el Fondo de Cultura Económica.

Dentro de dicha tematización, en la que prevalece la subjetividad, está también *Mi vida en los cafetales. Tapachula (1882-1992)*, el cual apareció en 1993 bajo el sello del gobierno del estado de Chiapas. En él, Winifred Mahnken relató, sin estridencias, cómo su familia, con un padre atraído por el deseo de adquirir, a finales del siglo XIX, tierras baratas en Chiapas, fue haciendo su vida en medio de los cafetales, no sin sobresaltos, con huidas, en las que la frontera resultaba ser una aliada en los momentos en que hubo amenazas sobre los integrantes de dicha familia. El primer viaje para salvar sus vidas se produjo en 1914, cuando se dio la intervención americana y el padre de Winifred Mahnken fue buscado por su nacionalidad, “ciudadano americano descendiente de alemanes y holandeses” (Mahnken, 1993: 15). Así cuenta la autora de *Mi vida en los cafetales* la llegada a la frontera: “En la madrugada del día siguiente, tal y como había prometido mi padre, salimos rumbo al río Suchiate. Me acuerdo que había una vegetación como de jungla y por primera vez crucé el río a caballo. Antes lo había atravesado en cuatro ocasiones a pie. Teníamos que ir un poco más arriba para salir a un camino del lado guatemalteco [...] Al otro lado había una finca cuyos dueños nos conocían” (Mahnken, 1993: 34).

Hubo un momento en que Winifred Mahnken tuvo que quedarse a cargo de la finca, después de que lograron que les fuera devuelta, hacia 1950. Hubo que organizarla. De pronto, un día, aparecieron los solteros en el corredor de la casa.

Había problemas. Les pidió que hablaran en el despacho. Había problemas. Hablaron. Y afloró lo que provocaba el conflicto: “Eran comitecos solteros que no estaban contentos con la comida porque el cocinero era chamula” (Mahnken, 1993: 71).

“Al cumplirse los cien años de haber llegado” su padre a Tapachula, Winifred Mahnken, cuando tenía 83 años, escribió este libro para contar en recuerdo de él el tiempo que pasaron en las fincas cafetaleras: “Admito que no soy escritora, pero deseo que con estas líneas las nuevas generaciones aprecien lo que la vida les ha dado y que no permitan que se destruya la tierra” (Mahnken, 1993: 83).

He ido hasta 1993 con el libro de Mahnken para ilustrar que la enunciación en primera persona ha sido el recurso privilegiado para la tematización de la vida de la parte de la frontera sur por donde se ha dado el tránsito de un sinnúmero de migrantes centroamericanos. Con la idea de hacerlos visibles, en 2011, fue publicado el libro *72 migrantes* para honrar la memoria de los 72 migrantes que fueron masacrados entre el 22 y el 23 de agosto de 2010 en un rancho del ejido El Huizachal, en el municipio de San Fernando, estado de Tamaulipas. Se trató con este libro de “devolver el rostro a 72 de los miles de migrantes que han padecido en nuestra tierra”, anotó Elizabeth Palacios en su escrito “Las 72 muertes anunciadas”, que forma parte de este texto. El libro fue presentado como parte del altar virtual creado para evocar a los migrantes. Para conformarlo, además de las fotografías hechas siguiendo la ruta de los migrantes en su paso por México, fueron invitados 72 escritores. Cada uno debió contar la historia de un migrante masacrado. Son textos breves que no sobrepasan los ochocientos caracteres. Cada escritor decidió la manera en que debía referir esa historia, según la disciplina que cultiva, sin perder de vista que se trataba de dibujar a cada migrante: una enunciación que hace alusión a una persona que sucumbió en su afán de ir en pos de un mejor modo de vida.

“La justicia suele ser ilegal”, anotó Juan Villoro al principio de su texto en el que habla de Víctor Manuel Escobar Pineda, hondureño que había trabajado veinte años en Estados Unidos. “Era contratista para una empresa en Houston y daba empleo a sus paisanos de Honduras. Su madre, su mujer y sus cinco hijos vivían con él. El más pequeño tenía dos, el mayor 15. Vivían bien. Todo era justo, y era ilegal”, definió Villoro. “En mayo de 2010, Víctor Manuel tuvo un lío de papeles. Vivía bien, pero nació en Honduras. Lo justo era ilegal. Fue deportado./ De inmediato planeó su regreso. En San Pedro Sula había buena sopa de mondongo, pero en Houston la sopa de mondongo era la sopa que le hacía su madre [...] Víctor Manuel quería, definió Juan Villoro, “un trabajo justo para alguien sin papeles” (*72 migrantes*, 2011:

31-32). Con la misma contundencia de la primera frase, Juan Villoro concluyó su retrato de Víctor Manuel Escobar Pineda: “En Houston, la estación espacial de la NASA protege a los ciudadanos del cielo. Los que construyen las casas no tienen papeles” (72 *migrantes*, 2011: 32). La crudeza de la imagen final hace que la mirada deambule dentro de este mundo sinsentido, el que prevalece el abandono.

Francisco Goldman decidió hablarle a la esposa de Jilmar Augusto Morales Castillo: “Karla, tu esposo Jilmar está muerto” (72 *migrantes*, 2011: 44). Goldman buscó transmitirle cierto consuelo a la esposa del migrante masacrado: “y la vida, aún vuelta pedazos, es vida [...] ¿Qué consejo puedo darte yo, quien ha perdido también a la bien amada esposa? [...] Busca la belleza dondequiera que puedas encontrarla, piensa que ésta es la forma en que él te puede dar un pequeño alivio, como cuando un padre levanta a una criatura de los brazos cansados de su esposa” (72 *migrantes*, 2011: 45).

John Burstein debió referirse a un migrante aún no identificado y adoptó un estilo ensayístico: “es posible que la migrante aún identificada número nueve fuera guatemalteca. Mientras decenas de miles se quedan trabajando en Chiapas, otras decenas de miles se suman a la diáspora guatemalteca-estadounidense, que ya superó un millón y medio, principalmente de indígenas mayas” (72 *migrantes*, 2011: 46).

He ilustrado con los tres ejemplos anteriores la forma que tienen los textos del libro 72 *migrantes*. Debo decir que en 2010, se publicó *Los migrantes que no importan*. En el camino con los centroamericanos indocumentados en México, escrito por Óscar Martínez. Y en 2013, Antonio Ortuño dio a conocer *La fila india*, en el que tematiza el viaje de los migrantes por México.

Hubo un texto que me obligó a detenerme. Lo que leeré a continuación tiene que ver con las preguntas que han surgido en mí mientras leía dicho texto. Quiero problematizar ese universo al que me enfrento. Pretendo hacerlo pensando en cuáles obras habrían de convertirse en objeto de estudio y en la actitud que debe asumir quien construye dicho objeto. Habrá más interrogantes que respuestas. Ello no me preocupa. Espero que sean interrogantes comprensibles, que me ayuden a seguir pensando en mí quehacer, dentro del cual tengo por ahora como guías a dos autores y un concepto. Los autores son Adam Zagajewsky y George Steiner. Y el concepto es el de “Aisthesis”, con el cual busco observar cómo la experiencia pasa a formar parte de la obra artística. Tiene que ver con la percepción. ¿Cómo se percibe? ¿Cómo afecta eso que se percibe? ¿Cómo esa percepción se construye artísticamente? Con este concepto, no quiero ir hacia lo marginal, hacia lo exótico, sino que intento ir en busca de esas maneras de percibir.

Adam Zagajewsky, en un ensayo titulado “El centro no se sostiene” (2007), enlaza su argumentación a partir de una polémica que no nos suena lejana: “La característica del arte provinciano es el hincapié que hace en lo ilustrativo, su interés en lo real, su insaciable curiosidad ante el mundo. En contraste, la tradición metropolitana resalta y perfecciona, cambia y reinventa las reglas de la representación misma” (Zagajewsky, 2007: 34). Zagajewsky va ilustrando en el ensayo citado cómo el esquema centro-periferia ha dejado de tener validez. Muestra por igual cómo la concepción metropolitana, aquella en la que están los defensores de la pureza y los que van tras la búsqueda formal, cedió el espacio ante la llegada de quienes incluyeron en sus obras una cantidad considerable de “realidad humana” (Zagajewsky, 2007: 36). Lo antes descrito ha estado presente en la literatura escrita en México, y su vigencia es posible rastrearla en la producción literaria reciente. Está ahí un cuadrilátero, centro-periferia-pureza-realidad humana, que ahora sólo enuncio.

En “La cultura y lo humano”, un ensayo de 1963 incluido en *Lenguaje y silencio* (1990), George Steiner, después de anotar una pregunta que no voy a transcribir acá, después de dibujar a alguien que no voy a nombrar acá, después de hacerme ver la importancia del estilo en la conversión de la crítica en literatura, después de indicar que las “luces que poseemos sobre nuestra esencial, acendrada condición, son todavía las que el poeta nos refleja” (Steiner, 1990: 27), define la triple función de la crítica: a) debe enseñar “qué debe leerse y cómo” (Steiner, 1990: 28); b) “puede establecer vínculos” (Steiner, 1990: 29); y la tercera función “se refiere al juicio de la literatura contemporánea” (Steiner, 1990: 31). El crítico literario está llamado a emitir su posición respecto al arte de su época. No sólo debe interrogar la producción literaria de su tiempo respecto a las distinciones técnicas, los giros estilísticos o la sensibilidad del momento, debe hacerlo por igual en relación con la inteligencia moral expuesta en tal producción. Y las respuestas debe encontrarlas en los libros que estará interrogando. Ahí, en esos libros hay voces que deben ser extraídas con precisión, pavor y deleite (Steiner, 1990: 33). ¿Pero qué ocurre cuando esas voces están diluidas y cuyo autor está interesado más en el exterior que lo ha orillado a escribir un texto, en lugar de darles consistencia, con base en, para seguir con Steiner, una gramática de la creación? ¿Y qué pasa cuando quien lee va en busca de tematizaciones en las cuales importa que el personaje sea un migrante, por ejemplo?

He planteado que coloco “La literatura por sobre todas las cosas”. Y la literatura sobre migraciones y fronteras fue analizada por Dahlia Antonio Romero y Norma Angélica Cuevas Velasco en el texto titulado “Territorios de la frontera sur en

la narrativa mexicana: historias de migrantes”, publicado en el libro *El norte y el sur de México en la diversidad de su literatura*, en 2011. Ahí, ellas expusieron que por las particularidades de la región centroamericana se ha producido “el relato del desarraigo del migrante, cuyas características más inmediatas son, sin duda, las experiencias de desigualdad, de violencia, de despojamiento, de abuso y de corrupción vividas por personajes que tienen por paisaje humano el abismo” (Cuevas y Velasco, 2011: 181). Constataron que son pocos los escritores que han recreado el ambiente de la frontera sur; y quienes lo han hecho nacieron, sobre todo, en esa región del país. Entre los escritores, de quienes algunos textos son analizados por ellas, están Flavio Antonio Paniagua (San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, 1843-1911), Óscar Palacios (Yajalón, Chiapas, 1942), Rafael Ramírez Heredia (Tampico, Tamaulipas, 1942-2006), Marco Lara Klahr (México DF, 1962), Nadia Villafuerte (Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, 1978) y Gabriel Hernández (Tapachula, Chiapas, 1957).

Aunque su intención no era estudiar la migración, Dahlia Antonio Romero y Norma Angélica Cuevas Velasco vieron como necesario marcar cuestiones que ayudaran a comprender los textos enfocados hacia dicha temática, de los cuales, anotaron ellas, varios “rayan los linderos de la no-ficción” (Cuevas y Velasco, 2011: 182). Lograron atisbar tres tipos de flujos migratorios procedentes de Centroamérica: el relacionado con los desplazados o refugiados políticos, cuya mayor incidencia se dejó sentir en la década de los ochenta del siglo pasado; el del migrante económico, el cual se ha vuelto complejo en virtud de los múltiples factores que en él inciden, como la crisis del café, en el año 2000, que afectó a la región; y existe un tercer flujo migratorio que se ha dado a partir de los estragos que han ocasionado los huracanes, como el Mitch, de 1998, que se dejó sentir con fuerza en Honduras, El Salvador y Nicaragua, y el Stan, en 2005, que afectó también la región y destruyó las vías del tren que corría por la zona costera de Chiapas, de Tapachula a Arriaga, en los límites con el estado de Oaxaca. Ahora, ha desaparecido el tren de la muerte, y La Bestia tiene otro rostro, como el del crimen organizado.

Antonio Romero y Cuevas Velasco constataron cómo Nadia Villafuerte, en el cuento “Cascarita”, incluido en el libro *Barcos en Houston*, recreó con crudeza el momento en que una migrante pierde una pierna al saltar del tren con el fin de salvarse de una inspección migratoria. Al revisar cómo se tematiza el camino que deben seguir los migrantes para alcanzar el tren que los conduzca al centro del país para luego seguir hacia el norte, y al analizar los relatos de Nadia Villafuerte, las autoras del texto que estoy citando anotaron que “La ficción no traiciona a la realidad”; podemos tener esa certeza al leer los testimonios que sobre el fatídico

tren de la muerte recogió Marco Lara Klahr en su reportaje *Hoy te toca la muerte*. Las autoras señalan que Nadia Villafuerte, en tres cuentos, y Rafael Ramírez Heredia, en *La Mara*, tematizaron acciones del crimen organizado sobre los migrantes centroamericanos. Indican Antonio Romero y Cuevas Velasco que los “mareros de Villafuerte recrean las historias de jóvenes centroamericanos marginados, desposeídos y víctimas de la crisis de las instituciones sociales que deberían cobijarlos” (Cuevas y Velasco, 2011: 200). Logran observar que la “frontera sur, poco tratada literariamente, es entendida por los personajes como un trasunto reducido de la frontera norte, un espacio de segunda mano cuyo valor radica en ser la antesala de la verdadera frontera” (2011: 201). Dahlia Antonio Romero y Norma Angélica Cuevas Velasco en “Territorios de la frontera sur en la narrativa mexicana: historia de migrantes”, texto introductorio para el análisis de cómo la narrativa mexicana se ha acercado a la frontera sur y las migraciones, ofrecieron datos con los que fueron nutridas las narraciones y cruzaron las fronteras de la literatura al analizar textos no ficcionales.

Las interrogantes que planteé al principio de este texto están ahí aún. He colocado lejos de mi horizonte, en este momento, buscarles respuestas. Pero una vía para que ello ocurra puede ser confrontarlas con el planteamiento hecho por Dahlia Antonio Romero y Norma Angélica Cuevas Velasco. Lo que sí quiero dejar sobre la mesa es que alguien decide colocar un texto con pretensiones literarias; lo orienta para que sea recibido por determinados lectores, quienes lo ubican según la perspectiva a partir de la cual deseen observarlo, como ha ocurrido con los textos leídos por las autoras del artículo que he citado. Puede pasar también que alguien escriba un texto cuya lectura sea preponderantemente literaria, lejos de las intenciones de su autor, y acá tal vez debería citar a Paul Ricoeur y su teoría de la interpretación. Quiero decir que ese autor, en ocasiones, acepta circunstancias externas que van haciendo que pierda de vista el mundo que está configurando, circunstancias que hacen que el lector no logre acercarse al texto con pavor y deleite. El 19 de agosto de 2013, a la 1:37 de la tarde, Tryno Maldonado escribió el siguiente tuit: “¿Eres novelista mexicano/a pero no tienes temas que contar? Te tengo la solución. La narco-novela ya fue. Lo de hoy es la inmigrante-novela”.

Por esas circunstancias, en las que descubro la mano de editores y del mercado editorial, me ha sido imposible acercarme a un texto que ha sido presentado como el vivo testimonio de lo que padecen los migrantes centroamericano en su paso por México, con el afán de llegar a los Estados Unidos de Norteamérica. Se trata de un texto publicado por Tusquets, el cual pude leer porque se me invitó a su presentación en Tuxtla, a la cual no asistió el autor, y sí envió una grabación en

la que explicó por qué lo había escrito. Entre sus palabras, emitidas por un audio defectuoso, reparé en las que decía que no buscaba transmitir una posición maniquea, en la que los migrantes fueran los buenos y los mexicanos los malos. Enfatizó que quería presentarlo como un testimonio de lo que conoció al ser relator del primer informe sobre secuestros de migrantes impulsado por la Comisión Nacional de los Derechos Humanos.

Al estarlo leyendo, me percaté de que había en él varios signos, para llamarlos de alguna manera, que me desconcertaban, que me impedían acercarme a él con preguntas simples con tal de dejarlo en mis manos. Casi en el mismo período en que me encontraba sin saber qué hacer con esos signos, se publicó en *Letras Libres* la reseña que de dicho texto escribió Eduardo Antonio Parra. Sin miedo a las influencias, y sin sentir vergüenza, busqué la reseña de Parra, para quien el autor de dicho texto dota a sus personajes de tal densidad psicológica que los vuelve reales, “seres en movimiento perpetuo que nos resultan en extremo cercanos y, por lo tanto, capaces de contagiarnos su ansiedad y sufrimiento durante la lectura” (Parra, 2013). Para Parra, se trata de un texto incómodo para los mexicanos; y por ello, necesario; afirma que “su lectura nos envuelve en una culpabilidad colectiva que únicamente puede dejar en nosotros, al final, una fuerte sensación de vergüenza” (Parra, 2013).

El 20 de agosto, a las 5:37 de la tarde Jezreel Salazar escribió el siguiente tuit: “Qué revelador que tantos deseen escribir cuando el mundo letrado ha perdido autoridad cultural y sólo quedan sus restos mercantilizados”.

El texto editado por Tusquets está situado entre los recuerdos construidos a partir de los desastres ocasionados por huracanes e inestabilidades sociales y económicas, cuya fecha más remota es 1978, en Honduras, y la matanza de migrantes, en agosto de 2010, en un rancho del municipio de San Fernando, en Tamaulipas, México. Una historia narrada por Walter Milla Funes, joven hondureño quien sintió el impulso de dejar por escrito las condiciones en las que vive su familia y las atrocidades a las que se ven sometidos los migrantes en su paso por México.

Me llamó la atención la seguridad con la que Walter Milla Funes fue hilvanando los recuerdos. Pero conforme avanzó en la narración, el autor se encargó de que no hubiera dudas sobre la solidez del ejercicio narrativo del joven hondureño, cuyo mundo se ensanchó durante siete años de lecturas intensas, hasta que se dio de topes contra las condiciones económicas de su familia, de su país. Hasta ahí, todo parecía ir bien, dentro de un relato sostenido, pero en cuanto el grupo en el que venía Walter cruzó la frontera de Guatemala con México, el relato se empezó a desdibujar por la forma tan machacona con que el autor quiso demostrar que sus

personajes eran migrantes. Walter, al estar en Tapachula, en la casa del migrante, dice, por ejemplo: “El sol sale también para los migrantes”.

Y el autor tuvo también una respuesta sobre esta manera en que el narrador se expresó: “Pero la fantasía de escribir ficción ha tenido a bien morir en mí, porque ahora, cuando finalmente escribo, lo hago sobre lo único que puedo contar, destrozada mi capacidad de crear por la aplastante fuerza de una realidad que no ha dejado margen a la imaginación” (Hernández, 2013: 31).

Siento que no he dado los argumentos suficientes, ahora, para mostrar cómo este texto está determinado por el mercado editorial. Fue hecho pensando en un tipo de lector a quien le cuesta trabajo concentrarse y que se le tiene que decir a cada momento frente a qué tipo de personajes está. Ahí quedan las interrogantes que expuse al principio. Ahí están Zagajewsky y Steiner. Ahí está el concepto de *aisthesis*. Quiero terminar este texto con algo de lo que escribió Cristina Rivera Garza en el texto “El proyecto autobiográfico de Knausgard. Contra la ficción”, publicado en el número de agosto de 2013 de la *Revista de la Universidad de México*: “Si la ficción literaria no es más que un pálido remedo de la gran ficción de nuestros días, entonces no hay nada que la primera pueda en realidad hacer para contribuir a la crítica de la segunda. Así entendida, la ficción literaria no podría ser sino una mercancía más que, atrapada en el circuito de intercambio de capital, ofrecerá sólo reproducciones de las reproducciones de lo real”.

Referencias bibliográficas

- 72 migrantes (2011). Oaxaca, Almadía. Disponible en: <http://72migrantes.com/inicio2.php>.
- Cardoza y Aragón, Luis (1986), *Guatemala: las líneas de su mano*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Cuevas Velasco, Norma Angélica y Raquel Velasco González (eds.), (2011), *El norte y el sur de México en la diversidad de su literatura*. México: Juan Pablos Editor.
- Hernández, Alejandro (2013), *Amarás a Dios sobre todas las cosas*. México: Tusquets.
- Mahnken, Winifred (1993), *Mi vida en los cafetales*. México, Gobierno del Estado de Chiapas.
- Martínez, Óscar (2010), *Los migrantes que no importan. En el camino con los centroamericanos indocumentados en México*. Barcelona: Icaria.
- Ortuño, Antonio (2013), *La fila india*. México: CONACULTA, Océano.
- Parra, Eduardo Antonio (2013), “Vergüenza”. En *Letras Libres* núm. 175, julio de 2013. Disponible en: <http://www.letraslibres.com/revista/libros/vergüenza>.
- Ramírez, Sergio (2011), *Puertos abiertos. Antología del cuento centroamericano*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Rivera Garza, Cristina (2013), “El proyecto autobiográfico de Knausgard. Contra la ficción”. En *Revista de la Universidad de México. Nueva Época*, núm. 115, agosto de 2013. Disponible en: <http://www.revistadelauniversidad.unam.mx/articulo.php?publicacion=21&art=665&sec=Art%C3%ADculos>.
- Solórzano, Carlos (1998), *Los falsos demonios*. México, Siglo XXI.
- Steiner, George (1990), *Lenguaje y silencio. Ensayos sobre la literatura, el lenguaje y lo inhumano*. Barcelona: Gedisa.
- Villafuerte, Nadia (2005), *Barcos en Houston*. Tuxtla Gutiérrez, Chiapas: Consejo para la Cultura y las Artes de Chiapas, Gobierno del Estado.
- Zagajewsky, Adam (2007), “El centro no se sostiene”. En *Letras Libres*, febrero de 2007. Disponible en: <http://www.letraslibres.com/revista/convivio/el-centro-no-se-sostiene>.